

ISABEL BERGANZA. SOCIOLOGA EN LIMA

«Los presos tienen que pagar en Perú hasta por una cama»

Esta joven vasca colabora desde hace tres años en **temas de educación, migración y cárceles en el país inca**

30.08.09 - IRATXE GÓMEZ | VITORIA

Su percepción del mundo ha cambiado. Ahora Isabel Berganza mira a su alrededor con otros ojos. Nada que ver con la mirada de aquella chica de 27 años que se marchó a trabajar a Lima con la Fundación Adsis. Sólo han transcurrido tres años desde su partida, y ya almacena en su retina un sinfín de imágenes. Todas ellas protagonizadas por familias que luchan por subsistir, presos hacinados y niños desescolarizados. Así es la realidad en una de las zonas más desafortunadas de Perú, donde esta vizcaína realiza una labor pedagógica y de ayuda social, además de trabajar como socióloga.



posa junto a la reproducción de un barco en la ciudad del Callao.

«Llama la atención cómo la gente batalla por dar una vida mejor a los de su alrededor. Allí se lucha más», afirma desde su casa en Leioa. Por primera vez en los últimos tres años, esta vasca se ha reencontrado con su familia. Se ha concedido unas pequeñas vacaciones, que terminarán en una semana. Luego, volverá a Latinoamérica. Pero esta vez, el viaje será muy diferente al que realizó en julio de 2006, cuando voló a Perú sin saber realmente qué se iba a encontrar. «Vas con miedo. Sabes que aquella realidad es muy distinta. Y aun así, el contraste es muy fuerte».

Nunca se planteó un cambio tan radical. Es más, entre sus planes no estaba salir de Euskadi. Pero tras compatibilizar las carreras de Derecho y Sociología, trabajó durante tres años con una beca en el Observatorio Vasco de Inmigración. Se doctoró, e hizo algunas investigaciones en torno a las migraciones. Sólo se planteó cruzar el charco cuando la comunidad cristiana con la que convivía le ofreció la oportunidad. «Lo pensé un poco y decidí irme. Fue una gran apuesta», reconoce.

Al llegar a Lima, en plena noche, a Isabel le chocaron «los olores, el movimiento en las calles, el color del ladrillo de las casas a medio construir...». La fisonomía de este país le sorprendió, pero lo que todavía no le deja de impresionar son sus habitantes. Su labor como voluntaria y su empleo como socióloga en la ciudad del Callao (el puerto marítimo de Lima) le ha hecho partícipe del modo de vida de los peruanos más desfavorecidos.

Panorama desolador

«Trabajo en diferentes ámbitos. Desde la comunidad, hacemos un refuerzo escolar en el barrio donde estamos». Con esta ocupación, ha comprobado por sí misma las pésimas condiciones en las que se encontraba el colegio público: los baños sucios, las ventanas rotas, falta de un horario... Y al mismo tiempo que ayuda a los niños con problemas de aprendizaje, conoce sus realidades familiares. Un problema le lleva a descubrir otro, y a actuar. «Hemos creado también talleres para las madres y un grupo de adolescentes».

Pero este panorama no es el más desolador que ha encontrado. Como colaboradora en la Iglesia Católica de Perú, observa a diario las deplorables condiciones en las que se encuentran los presidiarios de la cárcel del Callao. «Hay mucho hacinamiento. La prisión es para 500 reclusos y viven 1.600. Además existe mucha corrupción. Para cualquier necesidad básica se tienen que buscar la vida, y sus familias no tienen dinero. Tienen que pagar hasta por una cama». Junto a otros voluntarios ayuda a mejorar esta situación con talleres laborales y de teatro. Además, Isabel, como abogada, les echa una mano en temas de asesoría jurídica y papeleo.

La nómina le llega del Departamento de Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal peruana. «Me encargo de la sensibilización, la capacitación y el diagnóstico de cómo transcurre la migración en la zona norte de Lima (en la frontera con Ecuador). Esto le ofrece un punto de vista totalmente radical al que tenía en Euskadi. «En el País Vasco veía la llegada de gente y en Lima, la salida. Así que me preguntan a menudo qué hago aquí si todo el mundo se va fuera. Pues lo mismo que cualquier persona, buscar la felicidad».

Este cúmulo de experiencias le han servido a Berganza para interpretar la vida de otra forma. Con amplitud de miras. «Te das cuenta de que la desigualdad en el mundo es real. En Perú, las diferencias son más palpables. Hay realidades bien distintas. Puedes estar en un barrio rico y sólo con cruzar la manzana te encuentras con la más extrema de las pobrezas. Me he ido a vivir un mundo más global».

Hoy por hoy, Isabel no se plantea regresar a su casa. Con su gente. Ella prefiere que el tiempo transcurra sin más. «Estoy contenta y no sé si me voy a quedar un año, cinco o para siempre». De momento, disfruta de unos días de descanso en Leioa, con la maleta a punto para su vuelta a Lima. Pero sin preguntarse por el futuro.

[Cuenta AZUL de iBanesto, alta remuneración con total disponibilidad](#)